

Marxismo y teoría monetaria moderna: planteamientos iniciales

Marxism and Modern Money Theory: preliminary thoughts

Rafael Aragüés Aliaga

Independent Scholar

RESUMEN

El objetivo del presente artículo es abrir un intercambio enriquecedor entre teoría económica marxista y la teoría monetaria moderna. Para ello, es imprescindible mostrar la validez e importancia del marxismo frente a los desarrollos de esta nueva teoría, especialmente en lo concerniente a la teoría del valor, la teoría del capital y la explotación y las diversas explicaciones de la crisis. A partir de la base del análisis marxista, vigente también hoy en día, pueden incorporarse los desarrollos de la teoría monetaria moderna precisamente como una aportación en un tema poco desarrollado por Marx: el rol económico del Estado en el capitalismo moderno.

PALABRAS CLAVE: teoría monetaria moderna, marxismo, teoría del valor, explotación, crisis.

ABSTRACT

The aim of this paper is to open a broad discussion between marxist political economy and Modern Money Theory. For that purpose it is essential to show the actual validity of marxism despite the new developments of Modern Money Theory, specially regarding the theory of value, the theory of capital and exploitation and the different explanations of capitalist crisis. The interesting positions and results of Modern Money Theory can be embodied in the basis of a marxist analysis precisely as a contribution to a subject that was not developed enough by Marx: the economic role of the State in modern capitalism.

KEY WORDS: Modern Money Theory, Marxism, Value Theory, exploitation, crisis.

INTRODUCCIÓN

En unos años marcados por la crisis financiera global y las políticas neoliberales de ajuste en todo el mundo y especialmente en la Unión Europea, el *Capital* de Marx ha recobrado parte de su aceptación general en épocas pasadas. La lucha de clases y las características fundamentales del capitalismo analizadas por Marx se han visto confirmadas por enésima vez. Pero hoy en día existen también propuestas económicas alternativas independientes de la tradición marxista que plantean análisis sólidos y desafiantes a la ideología neoliberal. Es el caso de la Teoría Monetaria Moderna, cuya discusión desde una perspectiva marxista centrará las siguientes páginas. La Teoría Monetaria Moderna (TMM) ofrece una perspectiva en muchos puntos contrapuesta al enfoque ortodoxo en economía y una base teórica para políticas alternativas. Economistas como L. Randall Wray, William Mitchell o Warren Mosler, entre muchos otros, llevan años configurando una escuela propia de pensamiento económico con un enfoque diferente de la economía y un análisis centrado en el papel del Estado dentro del capitalismo actual. Exceptuando la obra del economista polaco Michal Kalecki, es precisamente el análisis económico del rol del Estado en la economía capitalista todavía hoy el talón de Aquiles del análisis marxista. Sobre todo por este motivo se hace necesaria e interesante una confrontación teórica entre TMM y marxismo. En este artículo haremos una serie de planteamientos iniciales que irán destinados a mostrar cómo los resultados de la TMM no invalidan en absoluto las tesis fundamentales del *Capital* de Marx, que siguen siendo vigentes hoy en día, sino que más bien pueden servir de material para complementar el análisis marxista en aspectos todavía poco desarrollados del mismo.

UN NUEVO ENFOQUE EN ECONOMÍA

La Teoría Monetaria Moderna basa su desarrollo en la desvinculación histórica del dinero respecto al patrón oro. A partir de 1971, con el quiebre del sistema de Bretton Woods y el abandono de EE.UU. del patrón oro, el dinero pasa a ser dinero fiat (moneda sólo convertible en sí misma, sin obligación de ser convertible en oro) y controlado totalmente por el banco central y el Estado. Mediante el cobro de impuestos el Estado impone su propia moneda al conjunto de la economía. Es decir, el dinero estatal es reconocido y utilizado por el resto de agentes económicos debido a que deben pagar en esa moneda sus impuestos. Al no tener que respaldar el dinero existente en la economía con una cantidad determinada de oro, el Estado pierde, dice la TMM, toda restricción objetiva en su gasto. Él emite la moneda y él puede gastar en su propia moneda todo lo que

deseo, lo cual, por supuesto, no significa que sea siempre recomendable hacerlo. En cualquier caso, su moneda siempre será aceptada en su territorio, pues el resto de agentes económicos la necesitan para pagar impuestos. Así, la frontera entre política fiscal y política monetaria es según la TMM artificial. Ni para financiarse ni para gastar necesita el Estado recaudar impuestos. Pues el mismo financia su gasto, él es quien emite la moneda y nunca puede, por tanto, quedarse sin ella. Mediante el gasto, el Estado insufla liquidez en la economía, pues el gasto público implica un aumento de reservas en los bancos privados. Mediante la recaudación o la venta de deuda pública, por el contrario, retira dinero de ella. Cuando el Estado gasta más de lo que ingresa, es decir, cuando incurre en déficit presupuestario, está objetivamente otorgando liquidez al sector privado. Si el Estado alcanza por el contrario superávit, es decir, si ingresa más de lo que gasta, entonces está retirando dinero del sector privado. Así, desde la perspectiva de la TMM déficit y superávit no son ni fines en sí mismos ni limitaciones de la política económica del Gobierno, sino medios para conseguir unos u otros efectos macroeconómicos. Mediante el déficit el Gobierno inyecta dinero en el mercado, los agentes económicos que atienden esta demanda agregada generan a su vez nueva demanda y así se produce una reacción en cadena que reactiva la economía. En un escenario contrapuesto, si la economía trabaja a pleno rendimiento, con un desempleo casi nulo y agotando el resto de recursos disponibles, entonces un déficit estatal puede no ser recomendable, ya que muy probablemente la economía no pueda ampliar la oferta y responder a esa demanda agregada por parte del Estado, generándose así una escalada de precios: inflación. En este caso puede ser que convenga un déficit cero o incluso un superávit, esto es, que el Estado drene dinero de la economía para evitar lo mismo, a saber, que se genere una demanda superior a la oferta posible y por tanto inflación. Déficit y superávit fiscales son así para la TMM las palancas principales mediante las cuales el Estado podría corregir virtuosamente los desequilibrios macroeconómicos. De esta manera, desde el punto de vista fiscal no hay obstáculo alguno para alcanzar dos objetivos claros de las clases populares: el pleno empleo y unos servicios públicos de calidad. La única limitación que tiene el Estado en su gasto es material, a saber, si hay gente y recursos disponibles y a la venta en su propia moneda en forma de fuerza de trabajo, instalaciones, infraestructuras y materias primas para llevar a cabo los objetivos marcados. La manida afirmación en los últimos tiempos de que «no hay dinero» revela en este contexto toda su impertinencia. El caso de la Eurozona adquiere además un cariz peculiar: los Estados miembros de la zona euro, al ceder su soberanía monetaria al Banco Central Europeo, se ven innecesariamente constreñidos por éste en su política fiscal y monetaria.

Tres tesis fundamentales de la TMM son así las siguientes (Ganßmann 2015): 1) Todo dinero es crédito (*all money is credit*), es decir, el dinero es esencialmente un pagaré, una promesa de pago. Cuando vendemos un objeto no recibimos inmediatamente en su lugar otro objeto u objetos o servicios de valor equivalente, sino una suerte de bono intercambiable por ellos. Recibimos, así, un pagaré cuyo suscriptor es la sociedad entera. La TMM eleva así lo que desde el punto de vista marxista es una función entre otras del dinero, a saber, la de ser medio de pago, a su definidor esencial. En la producción mercantil, explica Marx, al interceder el dinero en el intercambio de mercancías, se hace posible vender mercancía que todavía no se tiene, es decir, comprar y pagar no con mercancía equivalente, sino con dinero. El vendedor deviene acreedor y el comprador, deudor. El dinero que otorga el comprador al vendedor es una promesa de pago en forma de mercancías, de manera que el comprador convierte su dinero en mercancía antes de haber convertido su mercancía en dinero (Marx 1975: 165s). Esta es, en cualquier caso, una función del dinero entre otras, según Marx, pero los teóricos de la TMM defienden que ésta es la definición primaria del dinero. 2) El dinero es siempre dinero estatal, o como afirmaba ya Abba Lerner, el dinero es una «criatura del estado» (Lerner 1947). Es el Estado quien define, valida y emite el dinero. Esta tesis cobra hoy en día todavía más fuerza, toda vez que, como decíamos al principio, ha desaparecido desde hace décadas la obligación del Estado de respaldar su moneda con reservas de oro. Podría parecer que este hecho contradice precisamente la primera tesis, a saber, que todo dinero es crédito. Pues el dinero emitido por el Estado no es una promesa de pago del Estado en forma de oro, no está respaldado por nada ni el Estado tiene obligación alguna (Ganßmann 2015: 49). Con todo, aunque no respaldado por oro estatal, el dinero sigue siendo un pagaré válido cuyo suscriptor es el resto de la sociedad, como cotidianamente lo utilizamos. 3) La aceptación general del dinero estatal se explica por el cobro de impuestos de cada Estado en su moneda. Esto significa que la demanda de dinero surge de la obligación de pagar impuestos con la moneda del Estado. Monedas fuertes, como el euro o el dólar, podrán además imponerse frente a otras en el mercado internacional por otros motivos, pero al menos en su ámbito nacional, el Estado es capaz de imponer su dinero al resto de agentes económicos gracias a su capacidad de exigir impuestos en esa moneda.

Nótese que aun asumiendo las segunda y tercera tesis, esto no quiere decir que el dinero estatal, emitido por el banco central correspondiente, sea el único dinero disponible dentro de un mercado nacional. Ocurre de hecho que en multitud de países se aceptan otras monedas aparte de la moneda nacional como medio de pago, muy frecuentemente el dólar. Existen también monedas virtuales, como el

bitcoin, que cohabitan con las monedas estatales, si bien para los teóricos de la TMM este tipo de entes no son dinero propiamente dicho sino mercancías peculiares (Wray 2015: 80). Y no menos importante que todo esto: que el banco central emita y de validez a una moneda concreta no significa que sea la única entidad creadora de dinero. Como se sabe, el sector bancario crea igualmente dinero «de la nada» mediante la concesión de crédito, pues sólo una parte del dinero total prestado está realmente a disposición del banco en forma de reservas. Volveremos sobre este último punto más adelante.

La discusión económica sobre la TMM suele conllevar complejos razonamientos técnicos sobre la relación entre el banco central correspondiente con la deuda soberana de un país o con el mercado interbancario. En este contexto, una crítica común a la TMM es la acusación de falta de distinción entre el tesoro público y el banco central (Gnos y Rochon 2002). Es decir, el enfoque de la TMM implica que la distinción entre los balances del tesoro y los del banco central es en esencia irrelevante y que ambas instituciones podrían y deberían tratarse como una unidad. Para la corriente ortodoxa neoliberal esta distinción es, sin embargo, una pieza fundamental de la economía, y la independencia del banco central respecto al Estado ha de ser salvaguardada a toda costa. En el artículo citado, Gnos y Rochon insisten una y otra vez en las limitaciones legales de la mayoría de los bancos centrales del mundo. Así, en muchos países al banco central le está estrictamente prohibido prestar dinero directamente al Estado. Con todo, estas limitaciones solo prueban, a la postre, la enorme influencia que el neoliberalismo ha adquirido en la política económica internacional. Lo que los teóricos de la TMM afirman haber mostrado es que tanto si se tratan tesoro público y banco central como una unidad como si se separan analíticamente, el resultado es el mismo: el Estado crea una moneda, impone obligaciones fiscales en esa moneda, gasta primero en su moneda y recauda después impuestos (Wray 2015: 97). Si esto es así, una de las grandes preguntas que se plantean es precisamente la de la posibilidad de una financiación monetaria directa, es decir, qué pasa cuando el banco central financia directamente al Estado, y si podría hacerlo si quiera. El nervio de la cuestión se sitúa en el debate sobre la inflación: si el endeudamiento público o la financiación monetaria directa al Estado por parte del banco central acarrearán o no una subida constante y generalizada de precios. Para los teóricos de la TMM la inflación no es nunca un fenómeno monetario, sino el resultado de una demanda inasumible. La inflación surgiría en situaciones en las que la demanda crece a un ritmo que la oferta disponible en la economía no es capaz de asumir. El crecimiento acelerado de la demanda y, sobre todo, el declive o incluso colapso de la capacidad productiva de una economía son los factores

explicativos de la inflación, también en los dramáticos casos de hiperinflación de la República de Weimar o de Zimbabue (Mitchell 2016: 123-128). Si, por el contrario, lo que se tiene es un desempleo masivo y una capacidad productiva infrautilizada, un aumento del gasto público vía déficit fiscal o financiación monetaria directa sería la medida adecuada según la TMM para reactivar la economía y avanzar hacia el pleno empleo sin poner en peligro la estabilidad de precios.

PATRÓN ORO, KEYNESIANISMO Y TEORÍA MARXISTA DEL VALOR

Hasta aquí llega nuestra presentación general sobre la TMM. La pregunta que guía el presente artículo es la siguiente: ¿Cómo se conjugan los desarrollos y conclusiones de la TMM con la teoría y crítica económica marxista? La primera dificultad que se plantea al marxismo a la hora de confrontarse con la TMM es la ausencia de un análisis profundo del rol económico del Estado en la obra de Marx. Tal análisis, como sabemos, estaba dentro del plan general, pero Marx falleció antes de poder acometerlo. La TMM, en contraposición, gira completamente en torno a la política económica, monetaria y fiscal del Estado y plantea y analiza todo lo demás desde este punto de vista. Cabe, sin embargo, analizar las consecuencias posibles, o bien la inexistencia de ellas, en aspectos centrales del análisis marxista, a saber, en la teoría del valor, la teoría del capital/explotación o las diversas explicaciones de la crisis.

Antes que nada conviene pensar en qué medida el abandono en 1971 del patrón oro afecta al análisis económico de Marx. Es bien cierto que Marx presupone el oro como dinero en todo el *Capital*, si bien es también cierto que opera principalmente con la libra esterlina como unidad de cuenta. En todo su análisis, sin embargo, la premisa de que la libra fija su valor en el oro no entra en juego en ningún momento ni es esencial para su argumentación. Tanto si el dinero es una mercancía, sea el oro, como si es dinero fiduciario, el análisis de Marx no varía. Y ello, precisamente, porque la consecuencia fundamental del abandono del patrón oro, como bien señala la TMM, es una mayor libertad para la entidad emisora de dinero, a saber, el Estado. Pero en los tres libros del *Capital* se mantiene una argumentación independiente de la existencia del Estado, que por supuesto en un análisis posterior y más amplio hay que incluir. Precisamente en el rol económico del Estado se centra la TMM y puede servir como material para continuar tal proyecto.

El dinero en cualquier caso tiene para Marx varias funciones: medir el valor de un producto, atesorar valor y por último servir como medio de circulación y de pago. En el libro III esto se matiza: de lo que hablamos en la economía capitalista es en realidad de precio de producción (costes + tasa de ganancia), que no se corresponde estrictamente con el valor (la cantidad de trabajo social invertido). El dinero, así, sirve de medio de pago y de circulación, de expresión del precio y para atesorar la suma de costes y ganancias. En todo esto es irrelevante que sea convertible con un patrón fijo de oro o no.

Entrando ya en la teoría del valor, igualmente podemos afirmar que la validez de esta se mantiene independientemente de la existencia o no del patrón oro. La teoría del valor es una teoría de la organización del trabajo en la economía mercantil. Afirma que el trabajo en la economía de mercado es en primera instancia privado, trabajo de productores individuales y formalmente autónomos. La economía mercantil presupone, sin embargo, la división social del trabajo, de tal manera que esos productores formalmente autónomos dependen materialmente entre sí y están insertados en un sistema de trabajo y producción social. El modo en que se insertan en el conjunto de la economía es mediante el intercambio de los productos de su trabajo, es decir, a través del mercado. En el mercado se intercambian y distribuyen los productos del trabajo, se establecen las necesidades de la economía y se reorganiza constantemente el trabajo social, en la medida en que los productores privados van cambiando de rama de producción según las vicisitudes de la oferta y la demanda. Igualmente, se impone un tiempo medio socialmente necesario para producir ciertos productos, lo que implica la generalización de una disciplina y forma de trabajo concretas, unos medios técnicos y una productividad. Todas estas cuestiones, a saber, qué se produce, cuánto de ello se produce, cómo se hace y por quién, se deciden mediante el intercambio de productos del trabajo. Los productores no se relacionan directamente entre sí, sino a través de los productos de su trabajo, y las cuestiones que son puramente sociales aparecen así como propiedades de las cosas (de ahí el fetichismo del que habla Marx). En concreto, las relaciones sociales de producción ahora mismo apuntadas (qué, cuánto, cómo y por quién se produce) cristalizan en una propiedad en apariencia natural, pero en esencia social de los productos: el valor.

El valor tiene para Marx tres dimensiones fundamentales: forma, medida y sustancia. La forma del valor es la propiedad misma de una cosa de tener valor (hablando aquí siempre en sentido estrictamente económico, por supuesto), esto es, ser intercambiable y estar producida para el intercambio en el mercado. Su expresión fenoménica es el precio. El hecho de que un producto del trabajo

humano tenga valor (y precio), no radica en la cosa en cuestión, sino en que ha sido producida en una economía mercantil para ser intercambiada por otras. El valor no es por tanto una propiedad intrínseca a la cosa, ni se explica por su escasez o su demanda, sino que reside más bien en la sociedad en la que es producida: la economía mercantil. Además de la forma general, el valor tiene también una medida que fija precisamente la proporción en la que los productos son intercambiados. Como el trabajo social sólo puede organizarse y (re)distribuirse mediante el intercambio de productos, estos tienen que reflejar de alguna manera esa redistribución. La medida del valor es la cristalización como propiedad del objeto del trabajo social gastado en una determinada rama y, por ende, en un producto concreto. Cada producto se intercambia en el mercado por una cantidad determinada de dinero. Tal cantidad ni es fijada por el productor mismo, que más bien tiene que someterse a la autoridad del mercado, ni es tampoco arbitraria, ya que el intercambio de productos en el mercado es un flujo constante. La medida de valor de una unidad concreta es la parte alícuota de la cantidad total de valor de la producción de su rama, esto es, del trabajo total invertido en su respectiva rama. Esta cantidad total de trabajo invertida en cada rama no se decide conscientemente, sino que se impone nuevamente mediante el mecanismo de los precios en el mercado. La demanda aumenta el precio de los productos y atrae a más productores privados, aumentando así la cantidad de trabajo social invertido. Si se sobrepasa la demanda, los precios bajan y así se reajusta la cantidad de trabajo invertida en la rama. Mediante estas tendencias inherentes a la lógica de oferta y demanda se va ajustando el precio de los productos a su valor. Oferta y demanda explican así la cantidad total de trabajo social invertido en una rama. Pero qué cantidad total de trabajo social es necesaria para producir un producto, una vez que oferta y demanda se ajustan, y por ende qué cantidad concreta de trabajo es la que corresponde al valor de cada producto, no se explica, sin embargo, ni por la oferta ni por la demanda. El equilibrio entre ambas nos muestra un valor concreto, pero no explica ese valor concreto, es decir, no explica por qué el producto vale a como regla general y no $100a$. El valor concreto, o dicho rigurosamente, la medida del valor de un producto, viene determinado por el tiempo de trabajo que en una sociedad dada es necesario para producirlo. Tal tiempo de trabajo depende, a su vez y como es sabido, del nivel de desarrollo de las fuerzas productivas de un país. Un país con una agricultura mecanizada puede producir los alimentos que necesita invirtiendo una cantidad de trabajo social mucho menor que un país con un sector agrario más subdesarrollado. Cuando los productos se intercambian en el mercado a su valor se establece un equilibrio en la distribución del trabajo social entre los sectores de la economía. Cuál sea la cantidad concreta de trabajo social

invertido en cada producto depende, sin embargo, del desarrollo de las fuerzas productivas.

El valor tiene por último un aspecto sustancial. La sustancia del valor es el trabajo abstracto, contrapuesto al trabajo concreto e individual de cada productor. El trabajo concreto e individual es el específico de cada sector: construcción, telecomunicación, trabajo industrial, servicios, etc. y dentro de cada sector, sus subdivisiones en, por ejemplo, trabajo manual básico, diseño, organización, y un sinnfín más. Todos ellos son trabajos específicos, diferentes unos de otros hasta tal punto que el trabajo de un químico del sector farmacéutico es normalmente incomprensible para un ingeniero de caminos. Y sin embargo, la economía de mercado los hace a todos conmensurables. Mediante el intercambio de los productos de su trabajo, los productores los hacen equivalentes entre sí y, con ello, también hacen equivalentes sus trabajos, de manera que x horas de trabajo de un agricultor equivalen a y horas de trabajo de un diseñador gráfico. Este trabajo en general, puramente social, que no existe en concreto en ninguna parte, pero al cual todos los productores reducen su actividad, es la sustancia del valor.

Ni como sustancia, ni como medida ni como forma el valor y con él la teoría marxista del valor se modifican un ápice por el hecho de que el patrón oro haya sido abandonado y el dinero sea dinero fiduciario. Si bien el Estado dispone a discreción de dinero, este hecho a lo sumo puede conllevar que el mismo valor se exprese en una cantidad mayor o menor de dinero, pero ni la proporción real en la que se intercambian los productos ni el tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en cada uno de ellos cambiaría en ningún caso. Un automóvil seguirá costando cincuenta mil bolígrafos independientemente del precio que exprese la transacción en una moneda concreta, por ejemplo, en euros. Y lo que es más importante: la teoría del valor no es una explicación general del intercambio de productos arbitrarios en el mercado, sino el estudio de la organización y distribución del trabajo y sus productos en una economía de mercado. Un enfoque puramente monetario, sin embargo, es completamente ciego en este punto. Pues para tal enfoque es lo mismo la compraventa de productos manufacturados que de un solar o una obra de arte. Empero, si bien en la economía de mercado casi todo tiene precio, no todo tiene valor ni ha de ser estudiado por la teoría del valor (más sobre la teoría marxista del valor en Aragüés, 2013).

Este enfoque equivocado y parcial sobre la teoría del valor de Marx está presente en el tratamiento que a veces hacen de ella los teóricos de la TMM. En este sentido es interesante hacer referencia aquí a un trabajo de finales de los noventa de Randall Wray que contrapone la teoría del valor de Marx con los análisis de Keynes (Wray: 1999). El objetivo de Wray en este artículo es demostrar la compatibilidad y necesidad de unificar los dos enfoques de Marx y de Keynes: el de la teoría del valor-trabajo por un lado y el de la preferencia por la liquidez. Lo que Wray intenta es traducir los principales resultados de la crítica económica de Marx a la teoría de Keynes y a la vez mostrar que la teoría de Keynes es más adecuada ya que tiene en cuenta las expectativas futuras de los capitalistas en la formación de los precios. O dicho de otra manera, la teoría de Keynes engloba y explica satisfactoriamente a su manera todos los fenómenos que explica la de Marx, especialmente el beneficio capitalista – a diferencia de la teoría de la utilidad marginal, que es ciega completamente a toda forma de plusproducto–, presentando un análisis más completo.

Si bien Wray es consciente de que el uso del tiempo de trabajo como medida del valor de los productos no agota la riqueza de la teoría del valor de Marx (Wray, 1999: 6), en general identifica totalmente valor y precio, y ve en la teoría del valor una explicación de los precios, haciendo en este sentido múltiples referencias al clásico problema de la transformación de valores en precios. Para él, la teoría del valor consiste en la afirmación de que los precios de las mercancías se corresponden con el trabajo invertido en ellas. Nunca se insistirá lo suficiente en que ese resultado ya está en Ricardo, y que la aportación de Marx reside en el fetichismo de la mercancía, en el carácter histórico del concepto de valor y en los conceptos de sustancia, medida y forma de valor. Hay que ver por tanto en la teoría del valor un análisis de la forma y distribución del trabajo en la sociedad.

De la *Teoría General* de Keynes se deriva según Wray una teoría del valor basada en la preferencia por la liquidez (*liquidity preference theory of value*, Wray, 1999: 17). La ventaja fundamental de esta teoría del valor keynesiana residiría en el concepto de *user cost*, o coste para el usuario. El uso actual de recursos involucra para el empresario el sacrificio de una expectativa de beneficio futuro (Wray, 1999: 15). El coste para el usuario de utilizar capital hoy es precisamente el beneficio que podría ganar con él en el futuro. El coste de contratar hoy trabajadores es el beneficio que podría ganar si invirtiese ese dinero en bolsa. El coste de vender una mercancía hoy es el beneficio que se pierde al no guardarla y venderla en el futuro (será positivo si espero que los precios suban). En una palabra, los precios de hoy tienen que contener de alguna manera los precios de

mañana. El coste de usuario es en Keynes, explica Wray, el enlace entre el presente y el futuro.

Este concepto de *user cost*, esta referencia a las expectativas futuras, que para Wray juegan un papel esencial en la dinámica de toda economía monetaria, sería la ventaja principal de la teoría keynesiana. Observemos, de entrada, que esta aportación de Keynes no entra dentro de lo que Marx analiza en la teoría del valor, sino en la formación de los precios dentro del sistema capitalista, lo que en el *Capital* corresponde con la teoría del precio de producción del tercer tomo. El *user cost* tal como lo define Wray siguiendo a Keynes podría perfectamente entrar dentro de los cálculos de otros costes que Marx analiza en el tomo III del *Capital*. Pero en definitiva, la cuestión es que, independientemente de que los capitalistas sumen un sobrecoste al precio final de los productos que les compense por el beneficio futuro que están sacrificando con sus decisiones económicas actuales, e independientemente de que este concepto sea fundamental en la contabilidad de toda empresa capitalista particular: en primer lugar, los precios de las mercancías siempre habrán de someterse a las condiciones del mercado, es decir, a la competición entre capitales, es decir, en último término, reducirse a las capacidades productivas de la economía; y en segundo lugar, todo el rendimiento que recibe un capitalista, esté en su contabilidad general registrado como coste de capital, coste de usuario o beneficio, absolutamente todo es trabajo humano materializado en forma de mercancías o de capacidad para comprarlas, es decir, dinero. El capitalista puede cobrárselo como costes de capital constante, como compensación por beneficios que podría haber ganado en el futuro o como premio a su espíritu emprendedor, pero eso que se cobra siempre será trabajo humano solidificado en forma de riqueza material. La supuesta ventaja de la teoría keynesiana del valor se desvanece como el fetiche de la mercancía.

BALANCES SECTORIALES Y ACUMULACIÓN CAPITALISTA

Decíamos que la teoría del valor analiza en Marx la forma que adquiere el trabajo, la actividad económica fundamental, en la economía mercantil. Como sabemos, sin embargo, ni la realidad económica se limita al concepto de economía de mercado ni los productos del trabajo se intercambian según su valor. La sociedad moderna es algo más que economía mercantil, es además y definitivamente, una sociedad capitalista, y los productos del trabajo no se intercambian según el trabajo invertido en ellos, sino según su precio de producción. La teoría marxista del precio de producción responde al hecho de

que los productores reales no son artesanos autónomos, sino empresas capitalistas. El precio no se define así por el trabajo invertido en la mercancía, sino por la suma de los costes de producción más una tasa de ganancia. A su vez, la empresa capitalista no se define por la producción de un producto sin más, sino por la producción a fin de obtener ganancia. Ganancia, interés y renta, o en una palabra, el beneficio económico en todas sus formas es plus-trabajo, trabajo realizado por la clase trabajadora y apropiado por el resto de clases capitalista industrial, financiera y rentista. La teoría marxista del capital y la explotación explica como el trabajo en la sociedad capitalista es trabajo asalariado, y así, como el plus-trabajo es apropiado por la clase capitalista, que a su vez lo distribuye dentro de la clase dominante en forma de ganancia, interés y renta.

Es en este punto donde la TMM presenta una aparente incompatibilidad con el análisis marxista que es necesario examinar a fondo. Recordemos: para la TMM el dinero es un pagaré, un, como dice Randall Wray, «IOU –*I owe you*», una promesa de pago. Por este motivo, los teóricos de la TMM tratan al dinero como un activo financiero más, equiparable a un cheque o un bono del tesoro público. Todo activo financiero en manos de un acreedor se corresponde con un pasivo financiero en manos del deudor, de manera que sumados equivalen a cero. Más allá de la riqueza financiera está la riqueza real, por ejemplo, el valor de una vivienda (en sentido no marxista del término). Si contraemos una deuda para adquirir una vivienda, tenemos un pasivo u obligación financiera frente al banco, que tiene por tanto un activo financiero equivalente. La suma de los valores de pasivo y activo es igual a cero, quedando así solo el valor real de la casa. Si, en otro ejemplo, tenemos ahorros en la cuenta corriente, es decir activos – el banco está en deuda con nosotros – y decidimos comprar con esos ahorros un automóvil, entonces convertimos nuestro activo financiero (ahorros) en un activo real (automóvil), pero el activo financiero no desaparece, sino que cambia de manos, a saber, a las del vendedor del automóvil (Wray, 2015: 13). Si pensamos ahora en la totalidad del sector privado, compuesto por hogares y empresas, entonces la suma total de activos y pasivos financieros será igual a cero. Ha de tener el sector privado superávit, esto es, ha de acumular, poseer al final del año más activos financieros (recordemos: el dinero es un activo financiero más) de los que tenía al comienzo, entonces esos activos han de corresponderse con pasivos ya sea del sector público (gobierno en todas sus administraciones local, autonómica y nacional) ya sea del sector exterior (gobiernos extranjeros, hogares y firmas extranjeras). El sector privado, por sí solo, no puede crear activos financieros netos, es decir, no puede acumular. Necesita del endeudamiento bien del Estado o bien del sector exterior. Y

viceversa: si pensamos en los tres sectores principales de la economía (público, privado y exterior), es imposible que los tres a la vez alcancen superávit en el mismo período de tiempo. Si alguno de ellos acumula activos (dinero, cheques, títulos de deuda, etc.), entonces alguno de ellos ha de acumular pasivos, o lo que es lo mismo, endeudarse. Sean así los balances correspondientes los siguientes:

Balance del sector público = Impuestos (T) – Gastos (G)

Balance del sector privado = Ahorro (S) – Inversión (I)

Balance del sector exterior = Exportaciones (X) – Importaciones (M)

Con estas variables, la igualdad fundamental de la macroeconomía es para los teóricos de la TMM la siguiente (Wray 2015: 14):

Balance del sector público + Balance del sector privado + Balance del sector exterior = 0

O lo que es lo mismo: $(T - G) + (S - I) + (M - X) = 0$

De este análisis se deriva inmediatamente que, si presuponemos un balance equilibrado del sector exterior, el sector privado sólo puede ahorrar, esto es, acumular, si el sector público gasta. En una economía cerrada, es decir, haciendo abstracción del sector exterior, la única fuente de activos financieros netos es el Estado, pues es el único que emite moneda (Wray 2015: 12). Es decir, si el Estado, que es el emisor de moneda, no gasta, el sector privado no puede ahorrar, esto es, aumentar la cantidad de moneda que tiene en su patrimonio. Si el sector público tiene superávit, entonces el sector privado se endeuda. Es lo que Wray denomina *mirror image*: el déficit gubernamental es el reflejo del superávit privado, y el superávit público, a su vez, reflejo del endeudamiento del sector privado (Wray 2015: 36). Parecería así que el motor de la acumulación capitalista no es la explotación, sino el gasto público, y que a través del Estado podría controlarse tal acumulación. Si el Estado gasta, los capitalistas producen y pueden acumular. Si no lo hace, sino que recauda tanto o más de lo que gasta, el sector privado no puede obtener beneficios. Mediante su política económica, fiscal y monetaria, el Estado parece así poder controlar la acumulación capitalista según su criterio. ¿Es esta impresión correcta? No lo es, en efecto, ni tampoco, creo, desde la perspectiva de la TMM.

Nos encontramos ante uno de los momentos clave del ciclo de producción capitalista: la conversión del capital de su forma mercantil a su forma dineraria, esto es, la venta de las mercancías producidas y con ello la recuperación de la inversión inicial más la correspondiente ganancia. Evidentemente, si no hay dinero suficiente, el capitalista no puede vender sus mercancías ni por tanto acumular. La TMM afirma entonces: como es el Estado la entidad emisora de moneda, es necesario que el Estado gaste para que el capitalista venda y por tanto, culmine sus beneficios. Al empresario, sin embargo, no le importa quien compre su mercancía; puede venderla al sector público, a otros agentes privados o exportarla. La compra puede, por ejemplo, financiarse con crédito, esto es, con dinero que, siendo oficialmente emitido por el Banco Central, es creado por bancos privados. Fue el crédito bancario el que alimentó por ejemplo la espiral de acumulación en la construcción y la burbuja inmobiliaria en España entre los años 1997 y 2007/2008. Durante ese período constructoras, inmobiliarias y bancos acumularon enormes beneficios sin necesidad de gasto público, pues las cuentas del Estado estaban en superávit. Es más: según la TMM es precisamente un período de superávits públicos con sus correspondientes déficits en el sector privado lo que llevó a la burbuja financiera y la gran crisis financiera de 2008 (Wray, 2015: 34). Esto no contradice la doctrina de los balances sectoriales: en efecto, los beneficios de bancos e inmobiliarias son el endeudamiento de familias, moviéndonos siempre dentro del sector privado.

Si no es mediante el crédito, la fórmula preferida de financiar el consumo en la sociedad capitalista, se puede recurrir también a subidas salariales, sobre todo como en los así llamados «años de oro» del fordismo. Con salarios más altos, la demanda interna aumenta. Pero lo natural en la economía capitalista es que las subidas salariales no repercutan en una menor ganancia, sino que se trasladen a los precios y por tanto que estos suban, anulando a medio plazo el aumento de poder adquisitivo. Si los precios se mantienen estables y los salarios suben, entonces baja la tasa de ganancia y por ende la inversión de capital, que busca otros nichos de rentabilidad. Por eso el crédito es la opción natural para aumentar el poder adquisitivo de la clase trabajadora, ya que en esencia el crédito a una persona trabajadora no es más que un adelanto de salario futuro arañándole intereses. Aumentando la demanda interna, ya sea mediante crédito o mediante subidas salariales, los capitalistas consiguen realizar sus beneficios y acumular sin necesidad de gasto público.

Cabe señalar a este respecto que el objetivo ideal de la TMM, a saber, alcanzar una situación de pleno empleo y a la vez estabilidad de precios, choca frontalmente con la lógica capitalista misma. Como hemos indicado, lo natural

en la economía capitalista es que las subidas de salarios repercutan en el precio de los productos. Aquí es necesario recordar un concepto central del análisis marxista: el concepto de ejército industrial de reserva. El capitalismo como sistema de producción requiere constantemente de un margen de desempleo mínimo. En esencia, las situaciones de pleno empleo sólo pueden ser pasajeras. Esto es así porque una situación prolongada de pleno empleo y que no sea alterada por factores externos, a saber, principalmente por la incorporación más o menos constante de mano de obra barata proveniente de fuera, implicaría una competición entre empresas por mano de obra, lo cual haría que los salarios iniciaran una tendencia ascendente. Una elevación de los salarios mantenida en el tiempo implica o bien una reducción de los beneficios (*profit-squeeze*, como veremos un poco más abajo) o bien inflación. Lo primero frena la inversión; lo segundo es lo más común, pero se muestra así que pleno empleo en sentido estricto y estabilidad de precios son objetivos incompatibles dentro del sistema capitalista.

Pero volvamos a la cuestión de los balances sectoriales y la acumulación capitalista. La tercera alternativa para que los capitalistas vendan sus mercancías y realicen sus beneficios es la exportación. De hecho, las grandes potencias capitalistas se caracterizan por inundar con sus mercancías el mercado externo, lo cual nos llevaría, dentro del marxismo, a la teoría del colonialismo y el imperialismo (Luxemburg 1975). Ya sea, en cualquier caso, mediante exportaciones o mediante aumento demanda interna, las empresas capitalistas no necesitan el permiso del Estado para acumular, y tampoco es esta una afirmación de la TMM. Pero el problema de los balances sectoriales usados por la TMM es, desde un punto de vista marxista, que dentro del llamado sector privado hay intereses y clases contrapuestas. Un balance positivo del sector privado en su conjunto puede esconder beneficios empresariales por un lado y endeudamiento de familias por otro. Pero al hablar de sector privado en general, las distinciones se difuminan. Tanto los beneficios empresariales como las retribuciones salariales aparecen como «ahorro» privado.

Visto en perspectiva, los modernos teóricos de la TMM parecen plantear las cosas al revés. Hacen depender el trabajo, el beneficio empresarial y la actividad económica en su conjunto de la actuación del estado, pues sin dinero no hay actividad económica alguna, y el dinero, potestad única y exclusiva del sector público, sólo entra en circulación en la medida en que el Estado gasta. Materialmente, la cuestión se presenta más bien a la inversa. Es la clase trabajadora la que con su trabajo mantiene materialmente tanto a sí misma, como al resto de la clase empresarial, la rentista, los elementos desclasados, los

vestigios de aristocracia y también, en su totalidad, al Estado y su cuerpo de funcionarios de toda índole, fuerzas de seguridad y defensa y en definitiva todo ente público. Pues es de su trabajo de donde se deriva tanto el beneficio en todas sus formas como el pago de impuestos que, si bien no monetariamente, sí materialmente financia al Estado. El aparato del Estado, por tanto, puede no necesitar pedirle dinero prestado a nadie porque su propio banco central lo emite. Pero la clase trabajadora del país lo mantiene materialmente con bienes y servicios. Esto no quiere decir, por supuesto, que el funcionariado no trabaje, pero sí quiere decir que su trabajo no genera plusvalía porque no está dentro del ciclo de reproducción del capital.

En definitiva, la burguesía acumula beneficios no porque el sector público incurra en déficit, sino porque explota económicamente a la clase trabajadora, apropiándose del plusvalor producido por ésta, esto es, de la forma fetichizada que adquiere el plusproducto social en la sociedad capitalista. En condiciones normales, el beneficio extraído se atesora en la moneda nacional. Si por alguna restricción estatal o por una mala política monetaria del banco central la moneda nacional escasea, entonces la burguesía tenderá a guardar sus beneficios en moneda extranjera o en diversos productos financieros.

TMM Y CRISIS DEL CAPITAL

Hasta ahora hemos visto cómo la teoría del valor y la teoría del capital y la explotación son independientes de los resultados de la TMM. Pero otra de las características fundamentales del análisis de Marx es que nos ofrece explicaciones que van a las causas sistémicas de las crisis periódicas que sufre el capitalismo. Pasemos por tanto a tematizar una de las cuestiones económicas fundamentales: la naturaleza y causas de las crisis del capitalismo. La TMM es una teoría relativamente joven, y sin embargo ya le ha tocado vivir la mayor crisis del capital desde el crack de 1929. La crisis comenzada en 2008 y cuyas consecuencias se notan todavía hasta nuestros días ha sido, por descontado, objeto de estudio de los teóricos de la TMM. Pero donde más se han destacado sus intervenciones ha sido en el cuestionamiento de la utilidad de las políticas neoliberales de ajuste que han seguido a la crisis y que han aplicado los gobiernos occidentales, negando rotundamente su supuesta necesidad natural, como si no hubiera alternativa. Los teóricos de la TMM han sido y son a día de hoy sin duda importantes defensores de políticas alternativas, haciendo propuestas sólidas y realizables que hasta ahora han tenido lamentablemente poco eco político.

Coherentes con su enfoque, los teóricos de la TMM tienden a interpretar la crisis como una ruptura más o menos artificial de lo que podría ser una situación de equilibrio dentro de la economía capitalista. Este desequilibrio es producto fundamentalmente de dos causas: primera, los fraudes acaecidos en el mercado de las hipotecas *sub prime* y los mercados financieros; y segunda, las políticas neoliberales ya anteriores a la crisis que se traducían en bajos o nulos déficits públicos (Wray 2015: 23ss, 34ss.; sobre la crisis de la zona euro Mitchell, 2016: 437-531). Como hemos visto, para la TMM el ingreso del sector privado es igual al gasto del sector público más el balance de pagos del comercio externo. Con la inestabilidad financiera y la falta de crédito, unida al reducido gasto público, la demanda privada cayó enormemente, entrando la economía en un círculo vicioso. Para mantener el equilibrio ideal hubiese sido necesario precisamente lo contrario de lo que hicieron los gobiernos en todo el mundo: aumentar el gasto público y, así, reavivar la actividad económica.

Con ello, la TMM tiene una explicación de la crisis basada fundamentalmente en el concepto de desproporcionalidad entre oferta y demanda debido a un infraconsumo, si bien es justo indicar que un referente como Bill Mitchell también ha analizado la crisis de la tasa de rentabilidad del capital en varios trabajos (por ejemplo en Mitchell 2008 y 2017). En la obra de Marx y en la discusión marxista posterior, estas explicaciones de las crisis capitalistas como crisis de sobreproducción, infraconsumo o en general, desproporcionalidad han sido muy importantes. Pero, como sabemos, no son las únicas explicaciones existentes desde el punto de vista marxista. No obstante, antes de pasar a examinarlas conviene retrotraerse a una pregunta fundamental, a saber, a la pregunta sobre la posibilidad de las crisis dentro del sistema capitalista. Esta posibilidad ni siquiera es recogida por el enfoque neoliberal ortodoxo de la economía. Tanto el liberalismo clásico como el neoliberalismo fundamentan la supuesta inmunidad de la economía de mercado frente a las crisis en la ley de Say. Según la ley de Say, a toda compra le corresponde una venta y viceversa, de manera que en el mercado existe siempre un equilibrio general entre compras y ventas. Los desequilibrios económicos causantes de las crisis provienen para el liberalismo y el neoliberalismo de fuera del sistema mismo: ya sea por catástrofes naturales o por las nefastas y autoritarias políticas estatales. Con todo, la ley de Say, si no ha de ser una mera tautología, afirma que a cada venta de mercancía le corresponde una compra de mercancía equivalente, de manera que el tránsito de mercancías en el mercado es siempre fluido. Pero esto presupone una equiparación entre economía de mercado y trueque. Lo que los economistas ortodoxos están así planteando, en realidad, es que el dinero es simplemente un

elemento accesorio para facilitar el intercambio de productos, pero del que se puede prescindir en el análisis. Presuponen, en verdad, una economía de mercado sin dinero.

Marx demuestra en el libro I del *Capital*, sin embargo, primero, que el dinero es un elemento que brota necesariamente de la producción de mercancías y, segundo, que este elemento acarrea consecuencias propias. Entre estas consecuencias está la de abrir la posibilidad básica a las crisis dentro del sistema ya simplemente en el plano de la economía mercantil, sin pasar todavía a estudiar las relaciones entre capital y trabajo y entre las distintas fracciones del capital. Entre las funciones del dinero está la de ser medio de circulación de mercancías, es decir, mediador del proceso global de intercambio y distribución de bienes y servicios. Entre mercancía y mercancía media el dinero. En la medida en que se vende mercancía no por otra mercancía, sino por dinero, se abre, empero, la posibilidad de vender sin comprar mercancía equivalente con el dinero obtenido. Al atesorar el dinero y no comprar, hay mercancía equivalente que no se vende, y el flujo material de mercancías en la economía se rompe (Marx 1975: 137s.; también Heinrich 2005: 171). La economía mercantil, por tanto, puede entrar en crisis. Nótese, por cierto, la importancia que tienen las demás funciones del dinero en el análisis económico, funciones que en la TMM se ven eclipsadas por la de ser medio de pago.

La posibilidad, sin embargo, no es lo mismo que la realidad de las crisis, y para que éstas acaezcan hace falta señalar sus causas materiales y sistémicas. Tanto dentro de la obra misma de Marx como en la discusión marxista posterior existen, como decimos, diferentes maneras de explicar la tendencia sistémica del capitalismo a entrar en crisis. Aun cuando las diversas teorías sobre las crisis económicas requieren todavía hoy ser perfeccionadas y completadas, no cabe duda que en lo que a la explicación racional de las crisis capitalistas se refiere, el análisis crítico marxista no ha sido todavía superado ni por la doctrina neoclásica ni por el chartalismo, como también se denomina a la TMM. En lo que sigue resumimos las teorías principales (Sablowski 2003). (a) Ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia: La tendencia decadente de la tasa de ganancia es uno de los elementos centrales en el *Capital* de Marx. Muy conocida dentro del marxismo, su explicación es de forma resumida la siguiente. La dinámica natural de la economía capitalista persigue aumentar la ganancia mediante, entre otras cosas, una reducción de costes. Esta reducción, a largo plazo, sólo se realiza mediante la mejora e introducción de tecnología que permite disminuir el coste por unidad producida y aumentar la productividad del trabajo. La parte constante del capital crece, por tanto, respecto a la parte variable del mismo, y

crece así la composición orgánica del capital. Pero dado que visto globalmente la ganancia se explica en base a la explotación del trabajo humano, cuanto menor es el capital variable global, menor es la ganancia total y menor la ganancia correspondiente a los capitales individuales. El aumento de la composición orgánica del capital conlleva así una bajada de la tasa de ganancia. Paralelamente tiene lugar igualmente un aumento constante de la tasa de desempleo.

Esta ley de la baja tendencial de la tasa de ganancia ha sido tradicionalmente muy discutida, pues existen serias dudas sobre si Marx la fundamenta suficientemente en el *Capital*. El mismo reconoce y desarrolla causas contrarrestantes a la ley. Por ejemplo, un aumento de la tasa de explotación que compense la bajada proporcional del capital variable, ya sea mediante cambios en la jornada de trabajo, en la intensidad, en la forma del salario (por horas, por objetivos, etc.) o por un abaratamiento de los medios de vida, entre otros. Con todo, la tesis general sería que esta tendencia se impone a pesar de estas causas contrarrestantes. Algunos marxistas no aceptan su validez, otros incluso cuestionan que Marx mismo la mantuviera, y achacan su formulación a la reelaboración de los manuscritos por parte de Engels. A pesar de las críticas se trata en cualquier caso de una ley acorde con el análisis marxista de la economía y de gran plausibilidad.

(b) Infraconsumo, sobreproducción y desproporcionalidad: las crisis capitalistas pueden explicarse también por la desproporción constante entre producción y consumo en el sistema. Determinante para realizar la ganancia de las mercancías producidas es su venta, pero la venta se realiza sólo ante demanda solvente. La clase trabajadora, que constituye la mayor parte de la población, no puede con sus salarios adquirir todo lo producido, y en determinados períodos puede que ni el consumo de lujo de las clases dominantes ni la inversión productiva basten para dar salida a todas las mercancías producidas. Se da así una crisis de sobreproducción o, visto de otra manera, de infraconsumo. También estas explicaciones han de ser relativizadas. El mismo Marx presenta en el tomo II del *Capital* los esquemas de reproducción simple y ampliada, en los cuales se formulan ciertas condiciones bajo las cuales la economía capitalista puede asumir su propia producción sin entrar en crisis. Parecería por tanto que Marx está planteando que el sistema capitalista puede alcanzar cierta inmunidad frente a la sobreproducción. A la hora, sin embargo, de explicar la reproducción ampliada, es decir, la acumulación, retorna el problema: ¿En base a qué demanda solvente aumentará la clase capitalista la producción? Rosa Luxemburg, como ya apuntábamos antes, argumentó posteriormente que la reproducción ampliada o acumulación capitalista sólo se explica en base a la demanda solvente externa,

que el capitalismo, por ende, requiere de la conquista de mercados externos para poder continuar su acumulación (Luxemburg 1975). Se trata de lo que traducido al lenguaje de la economía convencional se conoce como la propiedad de ser competitivo en los mercados internacionales, un requisito, se dice, fundamental para el crecimiento. Los esquemas de reproducción del libro II del *Capital* no justifican una armonía productiva dentro de la economía capitalista, sino que la acumulación capitalista implica necesariamente el imperialismo, la conquista comercial y, en muchos casos, militar de nuevos territorios. Sin el imperialismo, la economía capitalista genera necesariamente sobreproducción/infraconsumo. La historia ha dado sin duda alguna a Rosa Luxemburg la razón.

(c) *Profit-squeeze*: otra posible explicación de las crisis capitalistas es la reducción de beneficios debido al aumento de salarios. Esta explicación es también comúnmente defendida por la corriente neoliberal, que suele culpar de esto a una «excesiva» regulación en derechos laborales así como a un también «excesivo» poder de los sindicatos. Desde el punto de vista marxista, sin embargo, puede verse como una consecuencia necesaria de la lógica misma del capitalismo. Al aumentar la acumulación capitalista aumenta la inversión de capital y la demanda de fuerza de trabajo. Si se llega a una situación que roce el pleno empleo, se puede dar el caso de que sean las empresas quienes tengan que competir para contratar a trabajadores y trabajadoras, con la consecuente subida de salarios. Si suben los salarios, pero las empresas pretenden mantener los mismos precios para ser competitivas, entonces solo hay una salida: la reducción del beneficio. Es lo que Marx en el tomo III del *Capital* llama también sobreacumulación: una mayor inversión de capital nuevo no se traduce en la ganancia obtenida hasta el momento, sino en una menor. En resumen, a medida que la acumulación aumenta, el beneficio se reduce debido a una subida de salarios. Este fenómeno se puede dar en general o en particular en ciertas ramas o sectores de la economía, por ejemplo, donde se requiere fuerza de trabajo altamente cualificada. Y como en los demás casos, existen también salidas que pueden contrarrestar su efecto. En la economía capitalista moderna, la mano de obra extranjera se utiliza sistemáticamente para contrarrestar esta tendencia.

Las tres explicaciones aquí esbozadas hacen hincapié en dinámicas concretas de la acumulación capitalista y, si bien tomadas aisladamente y de manera absoluta no pueden ser afirmadas categóricamente, ya que para cada una de ellas existen como hemos visto contratendencias, juntas ponen de relieve que las crisis dentro del sistema de producción capitalista son más bien la regla que la excepción. Los problemas en la acumulación capitalista, fundamentalmente en torno a las dificultades para mantener la rentabilidad deseada en las inversiones, han

llevado en las últimas décadas al capital a buscar nuevas posibilidades de inversión y rentabilidad que dan un nuevo empuje a la acumulación a la vez que reproducen sus problemas en una nueva dimensión. Nuevos ámbitos de rentabilidad más allá de la producción industrial clásica han sido creados o ganados para la acumulación capitalista: sector terciario, servicios públicos como sanidad o educación, sector inmobiliario, fondos de pensiones privados y sector financiero, entre muchos otros. La perspectiva marxista a la hora de analizar y explicar las burbujas especulativas y crisis acaecidas en estos sectores sigue siendo irremplazable, también para la TMM.

CONCLUSIÓN

Hemos visto en esta primera aproximación entre TMM y marxismo como no existen apenas incompatibilidades teóricas fundamentales entre ambas teorías económicas. Es bien cierto que el objetivo fundamental de muchos teóricos de la TMM, a saber, el pleno empleo y la estabilidad de precios, es dentro del capitalismo algo irrealizable desde el punto de vista marxista. Pero la TMM es mucho más amplia: desarrolla explicaciones sobre el gasto público por parte de un Estado emisor de moneda propia, sobre las relaciones entre banco central y sistema bancario, la política monetaria y fiscal, la teoría de tipos de interés o la hacienda pública. En general, se trata una inmersión en aspectos esenciales del rol económico del Estado de los que el marxismo puede sacar mucho provecho. Hemos visto que se trata de una teoría que tiene una validez parcial y no puede servir para sustituir análisis fundamentales del marxismo. Pero la TMM merece ser repensada todavía e integrada en sus aspectos más fructíferos en el conjunto del análisis marxista.

BIBLIOGRAFÍA

- ARAGÜÉS, R. (2013): “Apuntes sobre la teoría del valor de Marx”, *Cuaderno de materiales* 25, pp. 5-24. Consulta: 19 junio 2017 (<http://www.filosofia.net/materiales/pdf25/teoria%20del%20valor.pdf>).
- GANßMANN, H. (2015): “Modern Money Theory – eine Kritik”, *Zeitschrift marxistische Erneuerung*, Nr. 102, pp. 41-51.
- GNOS, C. y ROCHON, L.-P. (2002): “Money Creation and the State. A Critical Assessment of Chartalism”, *International Journal of Political Economy*, vol. 32, n. 3, pp. 41-57.

- HEINRICH, M. (2005): *Kritik der politischen Ökonomie. Eine Einführung*, Stuttgart, Schmetterling Verlag.
- LERNER, A. P. (1947): "Money as a Creatur of the State", *The American Economic Review*, Vol. 37, No. 2, pp. 312-317.
- LUXEMBURG, R. (ed.) (1975): "Die Akkumulation des Kapitals. Ein Beitrag zur ökonomischen Erklärung des Imperialismus", *Gesammelte Werke*, tomo V, Berlin, Dietz Verlag.
- MARX, K. (ed.) (1975): *El Capital. Crítica de la economía política*. Tomo I, vol. I, Madrid, Siglo XXI.
- MITCHELL, W. y MUYSKEN, J. (2008): *Full Employment Abandoned: Shifting Sands and Policy Failures*, Cheltenham, Edward Elgar Publishing.
- MITCHELL, W. y FAZI, T. (2017): *Reclaiming the State. A progressive Vision of Sovereignty for a Post-Neoliberal World*, London, Pluto Press.
- MITCHELL, W. (ed.) (2016): *La distopía del euro. Pensamiento gregario y negación de la realidad*, Berlín, Lola Books.
- SABLOWSKI, T. (2003): "Krisentendenzen der Kapitalakkumulation", *Das Argument*, 45, pp. 438-452.
- WRAY, L. R. (ed.) (2015): *Modern Money Theory. A Primer on Macroeconomics for Sovereign Monetary Systems*, Basingstoke, Palgrave Macmillan.
- WRAY, L. R. (1999): "Theories of Value and the Monetary Theory of Production", *Working Paper no. 261* of The Jerome Levy Economics Institute

Recibido: 28 de junio de 2017

Aceptado: 29 de mayo de 2018

Rafael Aragüés es doctor en filosofía por la Ruprecht-Karls-Universität Heidelberg. Líneas de investigación: marxismo, filosofía clásica alemana (Kant, Fichte, Schelling y Hegel), Schopenhauer, Spinoza, metafísica y filosofía política. rafael.aragues@gmail.com